

2110

LA ARGENTINA DEL TERCER CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular del BICENTENARIO

conabip

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de Cultura
Presidencia de la Nación



200 AÑOS BICENTENARIO ARGENTINO

Autoridades

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Secretario de Cultura de la Nación

Jorge Coscia

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidenta

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretario

Lic. Martín Cáneva

Vocales

Ángela Signes

Gladys del Carmen Cisterna

Sonia Annabel González

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Ayacucho 1578 (C1112AAB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

4511-6275 | 4511-6276 | 0-800-444-0068 | www.conabip.gob.ar

★ 2110 ★
LA
ARGENTINA
DEL
TERCER
CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular
del BICENTENARIO

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de
Cultura
Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

2110 : la Argentina del Tercer Centenario / con prólogo de Ricardo Piglia. - 1ra ed. -
Buenos Aires : Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, 2010.
168 p. ; 28x20 cm. - (Biblioteca Popular. Bicentenario)

ISBN 978-987-1696-05-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Piglia, Ricardo, prolog.
CDD A863

Libro de distribución gratuita

Coordinación general:

María Julia Magistratti

Coordinación editorial:

Esteban Gutiérrez

Diseño y diagramación:

Laura Rovito

Ilustraciones:

Pablo Bernasconi

Colaboraron especialmente con esta edición:

María Laura Ferrá, Mayte Gualdoni, Silvana Lánchez, Paola Toriano, Lorena Vega, Alejandra Mendé, Jorge Ribelli, Agustín Moretti, Giselle Furlong, Cecilia Vaillant, Fernando Pérez, Ignacio Riccardi, Adriana Hidalgo Editora y Fundación El Libro.

Obra Registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-05-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

Índice

Presentación	7
Prólogo de Ricardo Piglia	11
2110: la Argentina del Tercer Centenario	
Jorge Accame / <i>Lombok</i>	23
Ariel Bermani / <i>Nombres de Calles</i>	29
Oliverio Coelho / <i>El traidor</i>	33
Marcelo Cohen / <i>Fanni, Myra y el sociólogo</i>	41
Pablo De Santis / <i>El intercesor</i>	47
Jorge Di Paola / <i>El arte del espectáculo</i>	53
Juan Forn / <i>Así</i>	61
Elvio E. Gandolfo / <i>Pegando la vuelta</i>	65
Angélica Gorodischer / <i>Un domingo de verano</i>	71
Daniel Guebel / <i>El sentido de la patria</i>	79
Luis Gusmán / <i>Los bomberitos</i>	85
Juan Diego Incardona / <i>Viaje al fin del conurbano</i>	93
Federico Jeanmaire / <i>San Carlos</i>	99
Martín Kohan / <i>Argirópolis</i>	105
Alberto Laiseca / <i>Argentina: tercer centenario</i>	111
Guillermo Martínez / <i>Infierno grande</i>	117
María Moreno / <i>El parto</i>	125
Sergio Olguín / <i>Pasko y Julietta</i>	135
Claudia Piñeiro / <i>La trescientos noventa</i>	143
Federico Romani / <i>Fases del invierno</i>	153
Sara Rosenberg / <i>Garúa</i>	163



Durante la primera década de siglo XXII, en Ciudad Marginal proliferaron nuevas formas de Clandestinidad, la Represión, en cambio permaneció técnicamente atrasada respecto del enemigo público número uno, el grupo subversivo *Las amalias* surgido luego de la caída de la décima presidenta argentina, la zamba (no el género musical sino el de mestizaje) Alfonsina Borges. Las amalias son militantes políticas post-estatales, terroristas de diseño, a menudo peligrosas y, sin duda, decadentes. Usan como nombres de guerra el de personajes literarios de autores varones, dato trivial si se considera que las mujeres han triunfado en la guerra de los sexos. Viven en comunidades provisorias y se ganan el pan con la distribución de alcaloides de alta calidad bromatológica ya que en ciencia y técnica, utilizan tanto lo de última generación como lo perimido. Se escinden con frecuencia por razones exclusivamente estéticas. Su fuerte es la invención y el oportunismo. Todas han leído a Fourier.

Capítulo III

El parto *

La cabellera de Catherine Necrassoff colgaba desde el sillón Recamier hasta el suelo, como la de una muerta en el fanal de un perverso. Evocaciones de una Ofelia criolla cuya panza de Buda sobresale como un islote en el arroyo del suicidio. Respiraba quedo pero también mordía un pañuelito y, a cada contracción, lanzaba un aullido operístico según los rigores del método Parto Catártico de Lorenza Luna.

–Por favor. Por favor *hembraslaputamadre*. Por favor una... una bebida espirituosa.

Se notaba que, para distraer al dolor se forzaba en rebuscar aún más su lenguaje de ideóloga cursi y autodidacta . César Duayen la palmeó sin contemplaciones.

–Vamos, vamos que en seco paren los generales.

–Ándate a la mierda. ¿Parirías vos en seco? No me hagás reír.

De su frente bombé caían gruesos goterones de sudor que Martina Chapanay, acercándose por primera vez, se atrevió a secar con su manga.

–Che ¿y vos quién sos?

(Razones de seguridad hacían que nunca se hubieran visto. Martina Chapanay era de Columna Norte, Catherine Necrassoff, de Conducción Nacional) No contestó. No debía. Eran reglas de la Ogra y seguramente redactadas en el aire por la mismísima Catherine Necrassoff. Se acordó de la anécdota del general San Martín: le había ordenado a un soldado que no dejara entrar a nadie en el depósito de pólvora y al primero que no dejó entrar fue a él .

Martina Chapanay dejó de secar y se miró la manga. Estaba negra y dedujo que la otra venía de intentar pasar a Montevideo por la Reserva Ecológica. Que mala cara tenía ¿Era esa la temible agitadora de Miserere, la oradora espeluznante de los recitales populares, la fusiladora del último Nobel argentino, en fin, la querida pretenciosa del general proscrito? La miró con la mezcla de seducción y resquemor con que una mujer inocente mira a otra de quien sabe que puede amar tanto a hombres como a mujeres, pero también con la condescendencia que despierta una madre inminente, poniendo en suspenso toda gana carnal. Vio el mentón deprimido y un poco plegado, la nariz de puente ligeramente corvo, la boca gruesa y larga, de comisuras caídas, las cejas en forma de acento circunflejo, los ojos mogoloides y de pestañas lagañosas. Se ve que se acuesta sin quitarse el maquillaje, reflexionó.

–Prima, andá a despertar a La Moreira y hacele traer un vaso de alcohol para neonatos. Licor de guinda o ananá al champagne que, seguro, es lo único que hay en esta casa –dijo César Duayen y luego entró en el cuarto contiguo a preparar “una cama para la parturienta”.

Cuando volvió, su prima entraba con la copa en la mano y la mano demasiado alta: envuelta en su batón de toalla era igualita a la estatua de la Libertad (linda alegoría para un nacimiento) pero esa pálida gigante bien podría ser rubia o morocha, datos que sustrae el mármol, pero no una morocha como ésta con la crin sana de las cautivas españolas. César Duayen le sacó la copa de la mano y probó el vino caliente con canela preparado por La Moreira.

Catherine Necrassoff no se daba cuenta de nada, mejor dicho se acordaba de que había matado a un hombre.

Solía pensar en forma de titulares de noticieros pero empezados por cualquier parte, por ejemplo ahora: “Necrassoff, del teatro Popular a la Política Subversiva, de la Política Subversiva al delito Común”.

Tuvo otra contracción. Cómo la avergonzaba gritar frente a la soldadesca. Ella, que había sacado de la cárcel al general manejando un helicóptero y aguantado sin una queja la picana y el submarino, que acababa de luchar como una tigra, pensando más en el *pre-hijo* que en ella misma –tan atávico todo, ché– y que todavía sentiría el dolor en la mano por el acto de estrangulación sino fuera por ese otro, más grande, inconmensurable, se largó a llorar. Más que llorar, *decía* el llanto: largaba un *bu-u-u* recortado

en sílabas, llanto de los que simulan que no lloran. Largas velas cayeron de su nariz y fueron a parar a los puños de su camisa.

–Calentar y azucarar el alcohol; sólo un sommelier degenerado –dijo Martina Chapanay .

Y, guiadas por los aullidos de la parturienta, ella y su prima se acercaron al sillón en cuyo borde había un vómito de lo que parecía ser el contenido de una taza de chocolate.

Miraron a Catherine Necrassoff y comprobaron que se había puesto blanca como una hostia y lagrimeaba sin ruido alguno, cubriendo sus mejillas de riachos negros. Entonces le acercaron la copa roja y la bebió mientras hacía con la mano gestos de duda y resistencia.

–Apurá, m'hija el vaso de sangre que cultivaba nuestro restaurador para evitar el liftin –dijo César Duayen.

Catherine Necrassoff no se rió. Se escucharon unos ruidos que venían de la puerta de calle. La apertura dificultosa de una puerta cancel. César Duayen , Martina Chapanay y Catherine Necrassoff se pusieron rígidas como comadreas a la luz de una linterna. Pero una de las voces que se acercaban por el pasillo tenía el familiar acento cordobés de Lorenza Luna.

–Son ellas, *paicas noicas* –dijo César Duayen mientras recuperaba la copa y veía al Alfredito reportarse como un auténtico chasqui, es decir con la lengua afuera y el pecho en tambor.

Lorenza Luna llevaba un maletín chato diseñado por Amalia II, –personaje cuya disección vendrá cuando la trama lo traiga a cuento–, de aspecto demasiado pesado para su ambición de funcionalidad. Le seguía El General, un cincuentón con cuello de vaca vieja que ocultaba a medias con una chalina inglesa; era morrudo, desmelenado, shakesperiano en su porte para el púlpito, el fogón y el cuartel. La partera avanzó hacia Catherine Necrassoff y le tomó el pulso. Cuando se agachó para abrir el maletín y sacar el tensiómetro , no pudo evitar el poner el traste en la mira del General que, contrito como estaba, *tasó* inconscientemente antes de avanzar hacia el lecho. Pudoroso silencio amaliesco, miraditas de reajo, risas sordas ante el hombre sospechoso de haber puesto la simiente en el bombo inquieto de Catherine Necrassoff. Pero, que poco importaba si había sido o no así ya que, o bien él pensaba poner pies en polvorosa, o bien su paternidad no sería reconocida por el estatuto de la Ogra. Era cantado que el feto o pre-hijo correría la suerte del Alfredito en la arcadia argentina.

El General bajó la vista como ante un superior y transformó en un aire palurdo la impresión que le causaba tanta pollera en torno a la antesala de una situación obstétrica.

Lorenza Luna auscultó la panza todavía cubierta por el *denim* del overol de la madre, tomó la presión y, sin alterar su semblante, sacó la cajita de

las inyecciones, un par de frascos y le encargó al Alfredito.

–Una ampollita de Syntocinon y dos milímetros de atropina.

El muchacho se abocó a la jeringa y a las agujas con la habilidad con que pulsaba los *video games* de la estación de aguinaldos. Lorenza Luna sacó del maletín la riñonera de los esputos y la bata de partos que dejaba, por razones más que obvias, las tetas sin cubrir .

Catherine Necrassoff se miró el reloj. ¿Cuánto había pasado de la contracción anterior? No quería preguntar. Que ganas de fumar. Entre el miedo de morir y el horror de haber matado, entre *La Sola* y *La Madre*: un deseo, bah, un *deseíto*. De un humo espeso y turco en la garganta. De ventearlo con fuerza, mirando la brasita en una noche clara. ¡Carajo! Otra contracción y el General se movió imperceptiblemente en dirección a la puerta.

Entre César Duayen y Martina Chapanay desvistieron a Catherine Necrassoff y le pusieron su uniforme de trabajo de parto.

–A ver, Alfredito, llevá la cuenta--dijo Florencia Luna y no necesitó agregar nada más. El Alfredito se sentó ante una mesa ratona, apoyado en unos almohadones y anotó el espacio entre la contracción anterior y la que acababa de transcurrir. “Dos minutos” cantó. Lorenza Luna hizo un gesto como de *couturier* que indica salida a una *mannequin*, aunque con un matiz de alarma. Entonces, César Duayen, Martina Chapanay y El Alfredito se abalanzaron sobre el maletín y empezaron a sacar lonas , caballetes, ajustes de mariposa, ménsulas y tornillos. Rápido, rápido hicieron, como si siempre hubieran estado haciéndolo, lo que parecía ser una letrina en donde la taza estuviera en el techo.

Sentaron a Catherine Necrassoff y, apretando un botoncito que emitía el ruido de un torno de dentista, la miraron subir en el elevador mientras el tenderete obstétrico se estiraba hasta que los tientos superiores pudieron sostener la espalda de la parturienta, que, aferrada con las dos manos a los brazos de la silla, se ve que estaba cómoda porque cuando volvió a aullar lo hizo con un acento de triunfo como indio que se lanza en malón. La luz de cuatro potentes spots, colocados del lado de adentro junto a las cuatro patas de la silla, se proyectaba en la tela espejada que las envolvía. Allí, en medio, sobre un banquito para montar se instaló Lorenza Luna, delante de una suerte de catre que había empotrado en una de las paredes del tenderete y en donde estaba dispuesto el instrumental: quitó el papel de asepsia y se detuvo para *catarlo*. Qué diseño el de sus fórceps divergentes de Colette (nacido Bamberger), el de su retractor H.D. (nacido Bauereisen), el de su Sniff (nacido Vaccum). Lorenza Luna acarició la pequeña ventosa para chupar los frutos del amor o sus adherencias. La utilización de un material tan limpio y blando como el caucho habla de una tarea que exige suavidad, dulzura, recaudos para una porcelana humana. El Sniff conoce a Catherine Necrassoff desde que, en una ocasión, el general se hubo tirado un primer lance de paternidad y las cánulas de aspiración limpiaren el

útero de una enamorada melancólica que la jugaba de cínica.

–Hoy no corrés–me parece, le dijo al Sniff. No bien había visto de perfil la panza de Catherine Necrassoff, calculó la transversa. Ahora le miraba la vulva enmarcada por el asiento. Estaba violácea y congestionada, sumergida en una pequeña mata de pelo casi albino. Enchufó el manguito pilicida en un tablero y afeitó el vello, luego lavó con una solución perfumada de ciclohexidina. Tardó un poco, ya que paraba al escuchar cada nuevo grito. El Método le dictaba que su intervención no podía coincidir nunca con los momentos de Catarsis.

Cubierto como estaba, por una lona a rayas rosa y celeste, ni César Duayen, ni el Alfredito ni El General veía nada de ese centro de operaciones que tenía a un lado, un pequeño parlante de diseño encantador por el que Lorenza Luna gritó

–¡Versión!

Y El Alfredito se agarró los testículos.

Lorenza Luna se puso unos guantes amarillos fosforescentes de actor en un espectáculo de linterna mágica en cuyo borde y dibujada con tinta color obispo podía leerse la firme pedantesca de Amalia II.

Levantó la mano y la metió en la vagina de Catherine Necrassoff que, papisa Juana en camisón, dirigió una mirada de desespero animal a esa audiencia que se apretujaba para entrar en calor pero sobre todo, en ánimo.

–Y ella podría tener su quintita en Cañuelas, por ejemplo. Y recibir usando una batuta a lo madamme Roland para conducir al ramillete de su época. Ser la matriz elástica para las ideas de la Joven Argentina. Y el niño o la niña –perdón– haría allí su bachillerato laico, casi sin dolo ¿No es cierto? Porque todas estas señoras Sevigné o Sánchez, por no nombrar a la más obvia, Staël, pusieren, todas, por lo menos un huevito –dijo el General que era, como se vio, de parrafadas largas.

–Sí, porque, lo que es usted, puso los dos–contestó César Duayen

–Noto el avance de la estética televisiva–dijo El Alfredito tan dado a imitar la manera de hablar de Las amalias que no era otra que la manera de hablar del General.

Lorenza Luna emergió del teatrillo maternal y todos la miraron con interrogación. La cara de la partera era de *mala fariña*, ella atravesó el salón para buscar la jeringa, gesto que se hubiera podido ahorrar mandando al Alfredito y que hizo sospechar a Cesar Duayen que estaba tomando una decisión. Acostumbrada a los términos del arte y de la literatura, la palabra “versión”, pronunciada por Lorenza Luna, le había sonado a parlamento de autoentusiasmo profesional, a voz de aura.

La partera tiró de una piola y expandió el campo visual de la vulva. Enseguida pinchó el trozo de nalga circunscripto anunciándolo antes en términos precisos pero sin morondangas

–Te voy a pinchar el culo. El resto no te va a doler. Es una solución muy fina.

César Duayen, en asociación libre se tomó su vino a fondo blanco.

Una contracción. Un grito. Otra. Otro grito.

En el medio, Catherine Necrassoff volvió a acordarse: había despertado entre las totoras, tirada junto a un cadáver, cuando sintió que alguien la llamaba. Entonces había abierto los ojos. César Duayen se mordía los labios y fruncía las cejas como cada vez que hacía un inusual esfuerzo físico. Temblando, ella, se había señalado entre las piernas pero la otra, ni pío.

–Sangre –recordaba haber dicho.

–Má que sangre. Upa, que rompiste bolsa.

Por segunda vez, Lorenza Luna metió la mano en la vagina de Catherine Necrassoff. Con los dedos flojos pero exactos empezó a distender toda la zona según la técnica de Lyn Chu May. Era un tecleo monótono e hipnótico que ablandaba el músculo e iba, con una paulatina rotación, agrandando el orificio de salida. Se trataba de un movimiento constante y siempre idéntico, como la masticación de la papilla en las aves o el que, aunque más brusco, golpea, divide, reúne y vuelve a golpear la masa. Lorenza Luna sintió relajarse el cuerpo entero de la parturienta bajo su propio peso y el eje de su mano fue aflojando aún más cada músculo, cada ligamento, cada empalme de huesos. Toda la fuerza, la tensión y la angustia física le fueron transpasados por ese agujero, ahora completamente húmedo y especiado por un moco blanco que olía distinto del sexual y era la prueba definitiva de que el recurso de Madame Lyn Chu May se había hecho a la perfección. Lorenza Luna bajó los párpados y “se sacó la fuerza” aflojándose hasta el límite de sólo mantenerse en pie. Las hombreras de su traje de fajina quedaron separadas de sus clavículas de petisa encocorada y severa.

–Alfredo –llamó– Alfredo. El joven apareció por la apertura de la entrada y luego subió por una escalerita, que nadie había visto o que olvidé describir, hasta la silla colocándose tras la espalda de Catherine Necrassoff que se había dormido

–¿La tenés? –preguntó enigmáticamente Lorenza Luna, El Alfredito abrazó a la parturienta y con una mano empezó a tantearle la parte de arriba de la panza.

–A la izquierda.

César Duayen y Martina Chapanay miraron al General por si hacía algún chiste. No lo hizo y tenía cara de miedo.

–Bien, tenela ahí al fondo, bien al fondo.

–Aaaaaaaeaaaa –hizo a Catherine Necrassoff. El Alfredito cerró los ojos, acordándose del maniquí obstétrico de Osiander que tenía la cabeza cubierta de cuero, y en donde Lorenza Luna lo había educado para estos menesteres, a la edad de ocho años. Sabía que el feto estaba mal colocado y maldecía su suerte de novato. Cuantas veces en la soledad de su cuarto

infantil que Amalia II había decorado como un depósito de chatarra de automóviles, pensó que así como aquellos que concurrían por primera vez al hipódromo o el casino solían ganar una pequeña fortuna, su primer parto sería de un niño de módicos tres kilos, con la cabecita bien flexionada y el cuerpo en correctísima posición, segundo o tercer hijo. Ahora estaba manteniendo fija la cabecita, en el fondo del útero.

La mano de Lorenza Luna recorría la matriz, encontró el tronco y palpó unos dedos confusos que la hicieron volver sobre su recorrido hasta tener una imagen de la posición que le permita diferenciar pies y manos.

Mientras agarraba *el pie bueno*, que suele ser el que está más cerca, y ponía la pierna correspondiente en gravedad, una manito apareció inopinadamente en la vulva. Una manito traviesa como la sonrisa de Dionisios en la vulva de la diosa Baubo. Lorenza Luna tomó de su catre instrumental una venda estéril y ató una punta a la manito que asomaba y la otra a la ingle de la madre.

Mientras pensaba sin mucha imaginación en el niño como en un astronauta sumergido en un universo estrellado de subido color rojo, el Alfredito seguía subiendo la cabeza al fondo del útero. Entonces, como dos pianistas acostumbrados a tocar la misma melodía a dos manos, Lorenza Luna y El Alfredito realizaron la versión. Dicho sea de paso, este método fue muy criticado en el congreso de Marginal porqué los parteros tradicionales no hallaban ninguna necesidad en utilizar a dos personas diferentes en lugar de dos manos diferente de la misma persona amén de mantener la posición privilegiada de la parturienta en la silla de partos.

Lorenza Luna se defendió confusamente utilizando las figuras de las trapecistas y de los patinadores sobre hielo donde es posible una exacta correspondencia de los cuerpos, incluso una suerte de identificación y memoria del cuerpo del otro como sucede en el amor o en el embarazo, pero el argumento definitivo fue la necesidad de triangular los miembros del parto, de crear un método que eliminara el contacto físico entre mujeres o, lo que es peor, el contacto entre las manos de un hombre y la vulva de una mujer (La Iglesia había vuelto a gerenciar las maternidades de Marginal). Giró el pre-hijo entre las manos de los parteros, la derecha de Lorenza Luna y la izquierda de El Alfredito; la simultaneidad complementaria contribuía a crear en los protagonistas la ilusión de un cuerpo común.

Cuando la versión fue completada, desató la manito y tiró con fuerza para extender el brazo a lo largo del cuerpo del niño. Un hombro y otro brazo. Luego soltó el cuerpito y miró de que lado rotaba. Seguía imaginándolo con un globo de cristal sobre el rostro y deseó realmente que lo tuviera. Se acuerda haber soñado en vísperas de exámenes que trituraba el cráneo del feto con las pinzas que nunca entendió por qué, en ese caso, también se llamaban “de curación”. Hubo un tiempo en

que la fragilidad de la parturienta y la peligrosidad de cada movimiento, el horror a romper las vértebras de los hombros fetales la llenaban de zozobra. Cuando trabajaba sobre el muñeco obstétrico, el profesor se divertía señalando los daños que hubiera provocado, de tratarse de un niño. Lo extraño era que ahora no tenía la sensación de tener entre las manos una vida humana (más bien dos), extraía la respuesta técnica ante cada situación y trataba de hacer su tarea como si estuviera trabajando de memoria.

Tenía, en cambio una excesiva conciencia del sufrimiento de la madre, de su violencia o de su goce y solo se daba cuenta de que estaba sacando un niño vivo cuando sentía que la madre se lo transmitía telepáticamente. De hecho, en su mente, no llamaba “niño” al astronauta. Recién cuando lo secaba, ya cortado el rojo tirabuzón del cordón umbilical y veía los ojos, la boca y el cabello del cachorro humano, cedía a una suerte de encantamiento y la idea de que había que protegerlo se le abría paso entre el renovado orgullo profesional y el agotamiento del púgil.

Lorenza Luna escuchó la voz de Cesar Duayen.

–A creer después en el progreso de la ciencia. Se diría que eso de no hay bien que por mal no venga resulta como anillo al dedo. Porque el método Luna te cuida el perineo, la vagina toda, hasta dejarte como una virgen para chochera de los partenaires en las épocas de las grandes epopeyas penetrantes, pero, a cambio, te rompe las cuerdas vocales. La Callas hubiera elegido la tradición *episiotomística* –y se rió de la palabra que acababa de inventar y que el general se apresuraba a notar sin ningún disimulo.

Lorenza Luna escuchó otro grito de Catherine Necrassoff, sintió en la mano el tacto de las nalgas y no pudo evitar el deslizar el dedo índice por la raya del culito y palpar la ranura de una conchita diminuta.

–¡Hembra! –cantó la partera y tuvo de Catherine Necrassoff la inexplicable respuesta de ¡Dios mío, gracias! –que sobresaltó al General, quien, alzando la bragueta de su pantalón, gesto que Las amalias, por ingenuidad juzgaban insólito en un hombre de izquierda, chilló:

–¡Que Dios, ni que Dios! ¡Ésta!

Catherine Necrassoff gritó más fuerte y Lorenza Luna se le acopló en acción, dirigiendo las nalgas al eje de la pelvis. Luego metió los dedos índices en el ángulo donde el feto flexionaba la pierna que quedaba adentro. Entonces escuchó el descorcharse de una botella y a juzgar por el temblar de las vigas del piso y el ruido de tropa, César Duayen saltaba como un burrero ante su favorito ganador. Avanzó una de las manos hasta que se aferró fuerte a las nalgas, las sacó y con ellas, la pierna. Contó cuatro miembros como debe contar la mona o la gata que no saben contar y como, en la infancia, cuando se quiere entero el muñeco que luego se abrirá como una cajita que posee el secreto del sexo. La niña

le quedó de espaldas sobre el antebrazo y ahí le enganchó dos dedos de la mano a cada lado del cuello. Ya para entonces El Alfredito tenía un índice en la boca semicerrada que todavía no conocía el paso del aire, y mantuvo la flexión de la cabecita cuya fontanela se apoyaba sobre el perineo tenso y enrojecido. ¡Afuera! Lorenza Luna, agarró la niña, que estaba roja y húmeda y salió del tenderete y mientras El Alfredito la subía hasta el pecho de Catherine Necrassoff, sonó el último segundo de *Die stille Stadt, for voice & piano* de Alma Malher. La audiencia aplaudió. Lorenza Luna sintió sobre el cuerpo agotado el frío del champagne que le tiraba César Duayen.

–La Madonna de la silla de Rafaelle Sancio –dijo el General agarrando un tobillo de Catherine Necrassoff y con miedo de lo que se le pudiera gritar si exigía ver de cerca a su hija.

*Quien narra este episodio es una testigo o cronista. El hecho que haga subjetivas de los pensamientos de los personajes no es un error de estilo. Está conectada a la Panconciencia de Cohen, aunque no lo precisa porque la Ogra permite este pasatiempo de inmunidad jurídica, con la excepción de tres situaciones: el parto, el duelo y el secreto profesional.